

En medio de la calle de la ciudad estaba el árbol de la vida que produce doce frutos, dando cada mes su fruto

Homilía 26 de noviembre 2016

Ap 22,1-7

p. G. Papparone o.p.

Queridos hermanos,

la hermosura de nuestra **esperanza** consiste en saber que estamos de camino hacia una maravillosa meta, que estamos recorriendo la calle que nos llevará a esta maravillosa ciudad, esta calle donde en el centro ¡está un árbol extraordinario que produce doce frutos, uno cada mes!

Un árbol que sigue saciando nuestra hambre, nuestras faltas, nuestros deseos, nuestras necesidades.

Las hojas curan las enfermedades, los frutos nutren el cuerpo y el alma.

Entonces, todo lo que deseamos de bonito, de bueno y de verdadero, todo lo que percibimos como carga, como falta, un día terminará y podremos hacer esta experiencia de paz absoluta, definitiva, podremos vivir en la serenidad, disfrutando de la vida que Dios nos ha dado.

Aquí está la meta de nuestra fe.

Aquí está la meta de nuestra esperanza.

Aquí está el fruto de nuestro trabajo diario.

Este es el tiempo del combate, del compromiso, del cansancio, de la lucha, del fracaso, de las caídas, de los despistes... pero **la palabra de Dios nos promete que habrá un fin.**

Un fin seguro que nos permitirá vivir en la felicidad plena y perfecta.

Pensemos en las palabras de San Pablo que compara la vida espiritual a los trabajos de parto: dolores, contorsiones, suspiros... pero cuando el bebé emite los primeros gemidos, los padres, y todos alrededor, sienten que sus corazones se llenan de alegría y todos esos trabajos ya ha desvanecidos.

Así es el sentido de nuestro compromiso en la fe.

En este momento acojamos el cansancio diario del crecimiento, del camino y pronto, muy pronto, llegaremos a la meta y podremos saciarnos del árbol de la vida.

Alabado sea Jesucristo.